

Lecciones del motín de Wagner

DAYAN JAYATILLEKA :: 30/06/2023

Los cambios que deberá hacer Rusia ahora objetivamente tendrán que ser, ni más ni menos, que revolucionarios

Escribo como un ciudadano de Sri Lanka que vivió de manera activa dos guerras civiles, una antisistémica y la otra etnorregional. Estos conflictos incluyeron una guerra civil de treinta años contra una milicia, «los Tigres de Liberación de Tamil Eelam» dirigidos por Velupillai Prabhakaran: organización que fue considerada como la más feroz del mundo en ese momento, y la que explotó más bombas suicidas que todos los grupos yihadistas juntos. Trabajé de cerca con un presidente que ganó una guerra civil pero que luego fue asesinado por un terrorista suicida y luego trabajé con un presidente que ganó esa guerra.

La experiencia te enseña cómo la sociedad y el estado necesitan reconfigurarse para evitar la derrota o poner fin a una serie de derrotas. Es un proceso de aprendizaje, experimentación y evolución, pero al final aprendes lo que el general de Vietnam Vo Nguyen Giap llamó “las leyes objetivas del desarrollo de un fenómeno complejo», incluidas la guerra y la paz.

Un lector ruso puede pensar, bueno, nosotros pasamos por esa experiencia con el conflicto de Chechenia pero prevalecimos, entonces, ¿cuál es su punto?

Mi punto es que a veces es necesario volver a aprender las mismas lecciones. Es bastante obvio que hay una gran diferencia entre luchar contra una milicia y luchar contra un estado que cuenta con el apoyo de una constelación de otros estados, pero aun así, algunas de las lecciones político-militares siguen siendo útiles, si no universales.

Lo que sucedió recientemente con Prigozhin podría ser una sorpresa para aquellos que no estaban familiarizados con la tragedia Coriolanus de Shakespeare, basada en una figura histórica real del Imperio Romano. También podría sorprender a quienes no estén familiarizados con la advertencia de Maquiavelo contra el uso de ejércitos contratados. Sin embargo, el PMC de Wagner tuvo que desplegarse debido a una necesidad apremiante. Llenó un vacío e hizo cosas que los militares convencionales no podían hacer. Los luchadores de Wagner cumplieron.

En un momento en que los ucranianos estaban y están reclutando contratistas de todos los rincones del mundo, incluidos los veteranos de las fuerzas especiales de Sri Lanka que viven en occidente, el despliegue de Wagner PMC no puede criticarse.

Pero, ¿cuáles son las lecciones que se pueden aprender de la crisis de Wagner? En primer lugar, hay que tomarlo como un síntoma y una alerta temprana. Los agravios que llevaron a este motín deben abordarse. Si los agravios que llevaron al comportamiento amotinado de los soldados rusos en la I Guerra Mundial se hubieran abordado lo suficientemente pronto, probablemente el Ejército no se habría resquebrajado.

Esto nos lleva a otra lección. La razón por la que esos agravios no se abordaron de manera oportuna durante la I Guerra Mundial fue porque eran sistémicos: sociales, políticos, institucionales y estatales.

Si alguien desea evitar un resultado parecido, debe estar preparado para emprender los cambios, las reformas que sean necesarias, rectificar los errores y llenar los vacíos, incluidos los de coordinación, que pueden generar tal descontento entre los combatientes de primera línea.

Para prevalecer en la guerra de Chechenia, el presidente Putin hizo cambios serios. Hoy, el enemigo es mucho más formidable; es nada menos que la OTAN, con el ejército ucraniano como punta de lanza y colchón amortiguador. Esto significa que los cambios en Rusia tienen que ser incluso mayores que en el caso del conflicto checheno. El mismo presidente que hizo esos cambios debe hacer los que se necesitan actualmente.

La guerra en Afganistán se perdió, acabando con la Unión Soviética. El problema era sistémico. El sistema soviético que derrotó al monstruo nazi y lo persiguió hasta su guarida, izando la bandera roja sobre el Reichstag el 1 de mayo de 1945, había perdido su *ímpetu vital* en la guerra de Afganistán. Esa erosión cancerosa, así como los delirios y la admiración infantil sobre Occidente, que condujeron a la crisis de Ucrania.

Con Ucrania respaldada por la OTAN llamando a la puerta, Rusia se enfrenta a un peligro existencial. El motín de Wagner es solo una crisis a pequeña escala. Pero es una advertencia temprana de lo que podría suceder si Rusia no gana esta guerra. Cuando digo ganar, digo ganar la guerra. Sin embargo, no puedes ganar una guerra a menos que la reconozcas como tal y movilices todas tus energías nacionales. Esa fue una lección que aprendimos en Sri Lanka.

No es posible acceder a las fuentes más profundas de la emoción colectiva si no se invoca la cuestión existencial de la supervivencia y la necesidad de prevalecer.

Como amigo sincero de Rusia cuyos primeros recuerdos se remontan a los siete años, cuando me hospedé en el Hotel Ucrania con mis padres, debo decir lo siguiente: la nostalgia por el pasado zarista no ayudar a ganar en el presente. Esa forma de estado y ethos era precapitalista, era ya históricamente obsoleta. Rusia fue derrotada dos veces en el siglo XX con ese régimen vigente: 1905 y 1914-1917. Cualquier tipo de retro-chic ideológico o ethos zarista es insostenible y resulta en un desastre cuando uno se enfrenta a una colección de estados modernos tardíos (OTAN) que respaldan una guerra híbrida.

Para ganar, el ejército ruso tiene que luchar como lo hizo el Ejército Rojo; tiene que 'convertirse', al menos en algunos aspectos, en el Ejército Rojo. La ideología dominante no puede sentir una cierta nostalgia por el derrotado Ejército Blanco. Si es así, tendrán una actuación parecida al Ejército Blanco. El Ejército Rojo fue producto de un evento histórico: 1917. Eso no puede considerarse como el mal resultado en la historia rusa moderna y luego esperar que el Ejército Ruso luche como el Ejército Rojo en 1917.

Tampoco estoy abogando por una actitud retro-revolucionaria. Déjenme ponerlo de esta manera. Hay tres himnos nacionales que encuentro especialmente conmovedores: el

estadounidense, el francés y el ruso, aunque no necesariamente en ese orden. Los tres son producto de revoluciones. Pero solo uno ha conservado la melodía pero ha cambiado la letra. Ese es el ruso.

No es que los estadounidenses y los franceses se hayan comportado en los asuntos mundiales, o a nivel nacional, de acuerdo con los ideales inspiradores de sus himnos nacionales, pero no han cambiado la letra. Han logrado conciliar continuidad y cambio. En el caso de Rusia, se ha cambiado la letra, abandonando la letra que el Ejército Rojo cantaba mientras luchaba contra los nazis. Esas letras tenían un significado porque los soldados del Ejército Rojo eran trabajadores y campesinos a los que se les había dado una nueva vida gracias a la Revolución y lucharon con una motivación sobrehumana porque sabían (a diferencia del ejército zarista) que serían desposeídos de todo lo que habían conquistado para sus familias, si el enemigo los derrotaba.

El motín de Wagner se entiende mejor en las palabras de Lenin: “el relámpago que iluminó la realidad”. ¿Cuál es esa realidad hoy?

En su nivel más obvio, es que el estado y el sistema militar tienen que cambiar para permitir y reproducir la flexibilidad, la motivación y la eficacia de combate de los soldados y de los combatientes irregulares como las unidades partisanas: La lucha partisana, era algo que el Ejército Rojo dominaba al igual que las técnicas de la guerra convencional y móvil.

La realidad más profunda, la lección más importante es que el liderazgo ruso y la propia Rusia tienen que decidir colectivamente, y decidir ahora, si están listos y son capaces de cambiar lo que sea necesario cambiar, sin dejar ningún dominio o dimensión intacta, para evitar que el occidente colectivo prevalezca.

Las preguntas que el motín de Wagner ha planteado a Rusia son “¿quién prevalecerá sobre quién?”, “¿por dónde empezar?”. y “¿qué hacer?” Las mismas preguntas que planteó en su momento el revolucionario Lenin.

El liderazgo y el pueblo rusos tendrán que decidir si el Establecimiento, es decir, el orden y las estructuras establecidos (o la ‘superestructura’ como solía llamarse en la literatura soviética) es más importante o tan importante como el Estado. Para que la formación del Estado y el sistema estatal sobrevivan al ataque del enemigo imperialista se debe elegir entre ‘formación estatal’ y ‘estructura’. Las estructuras tienen que ser remodeladas o reemplazadas para que el sistema y la formación estatal sobrevivan.

Pero la realidad del campo de batalla revela que existe una contradicción entre las exigencias existenciales del estado y la nación rusa, por un lado, y las estructuras y relaciones de poder existentes, por el otro.

Occidente ha cambiado su política y postura hacia Rusia. Este cambio significa que está empeñado en una gran ofensiva estratégica dirigida a la victoria absoluta sobre el país euroasiático. Occidente desea dictar los términos del fin de la guerra y el destino de la Rusia de la posguerra. Ante esta amenaza, Rusia no puede permanecer estática, inmóvil, anquilosada y conservadora. Rusia no puede permanecer como está, así no podrá ganar. Y ganar es lo que tiene que hacer, porque es la única forma que tiene para defenderse, para

sobrevivir, para prevalecer.

Los cambios que tendrá que hacer Rusia, aunque no se guíen por una ideología subjetivamente revolucionaria, objetivamente tendrán que ser, ni más ni menos, que revolucionarios. Aunque esta puede ser una 'revolución desde arriba' como las emprendidas por Pedro el Grande y Joseph Stalin.

* *Exembajador de Sri Lanka en Francia y en la Unesco.*
observatoriocrisis.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/lecciones-del-motin-de-wagner>